

Acaso esta suerte editorial obedeció a la carencia de una adecuada difusión o al opacamiento en que vivió el autor. Sin embargo, en lo que se refiere a la calidad literaria, a la profundización en los problemas planteados y a la honradez sin concesiones, *Hombres sin mujer* está a la altura de las obras mencionadas.

La contracarátula nos informa que "Carlos Montenegro forma parte de la 'Generación del 23' cubana junto a Alejo Carpentier, Nicolás Guillén, Juan Marinello, Regino Pedrosa, Lino Novas Calvo, Jorge Mañach y Mariano Brull, entre otros". También nos informa que "Montenegro, a los dieciocho años, acusado injustamente de un crimen, fue condenado a pasar 15 años en la cárcel en el Castillo del Príncipe en la Habana".

De esta permanencia en la cárcel, el autor cubano nos da una relación en su novela-testimonio *Hombres sin mujer*. Cada capítulo es una unidad estética que desarrolla un personaje o grupo de personajes, un suceso, una actividad. El lector asiste a la prostitución gradual de todos los reclusos que deben plegarse a las reglas de un mundo sin mujeres. No obstante, lo que en la mayoría de los presos aparece como prostitución o derrota de la voluntad individual, en una pareja formada por Pascasio Speek y Andrés, se manifiesta como amor —con todos sus componentes: comunión espiritual, atracción física, complicidades, lenguaje secreto, pequeñas felicidades, juegos imaginarios... Pascasio, un rancharo adulto, que ha pasado ocho años de reclusión, firme en sus convicciones heterosexuales, ve llegar a Andrés, un adolescente, y empieza a sentir ese sentimiento que sólo creía posible hacia una mujer.

La novela crea un contrapunto entre la vida de la cárcel en la que se nos muestran las costumbres y leyes tácitas que imperan, y el desarrollo de la intimidad entre la pareja. Como historia de amor, *Hombres sin mujer* es de una delicadeza poderosa y atrayente; como testimonio de la vida carcelaria, es despiadada, salvaje y abrumadora. Los personajes, al llegar a la cárcel, reciben un apodo, que se transformará en una segunda identidad: La Morita, un homosexual delicado, que a cambio de su cuerpo logra prebendas; Brai, el rudo y dominador, que ejerce una autoridad irrestricta... Manuel Chiquito, La Marquesa, La Chambelona, Chichiriche...

El lenguaje es ingenioso y procaz. Los reclusos apelan siempre al insulto como forma de escape de la realidad y dominio de un mundo de seres en el que el silencioso siempre pierde.

*Hombres sin mujer*, sin demasiado esfuerzo, puede comprenderse como el modelo del mundo exterior, en el que también predominan las leyes de la multitud, la compulsión de la costumbre, la jerarquía de fuertes y débiles, pobres y ricos, regidores y regidos.

**Marco Tulio Garramuño**

## Pedro Gómez Valderrama: el corrector de la Historia

Imagino el asombro y el placer que ocasionaría a Jorge Luis Borges la lectura de *Más arriba del reino*, libro

de cuentos de Pedro Gómez Valderrama. En él hallaría un sutil contubernio entre la prosa jurídica y fiel de Stendhal, la erudición y el brillo de Carpentier, la tendenciosa reflexión filosófica de Edgar Allan Poe, la poesía de Bradbury, la libre violación de los límites de la "realidad" de H.G. Well, la ironía superior del mismo Borges y, sobre todo, una sabiduría histórica digna de uno de esos sabios-santos que ya no existen, y un sensualismo vigoroso que son las diferencias específicas de los cuentos de Pedro Gómez Valderrama con respecto a sus influencias (que no influencias). *Más arriba del reino*<sup>1</sup> es una recopilación de los mejores cuentos de tres libros: *El retablo de Maese Pedro*, *La Procesión de los Ardientes* e *Inveniones y Artificios*.

En las páginas de su libro de cuentos vemos —hechos ficción, es decir, realidad literaria— a Stendhal, Alonso Quijano y Miguel de Cervantes, Simón Bolívar y Francisco de Paula Santander, Emma (hija de Carlomagno), un tal Conde Mitkin, un grupo de escolásticos medievales, un indiano rico y enamorado, todos viviendo con una frescura y verosimilitud verdaderamente desconcertantes. En ningún caso el lector —ese que soy yo y que como individuo aislado ante el texto se supone la medida de todas las cosas— nota el montaje, el artificio, el desliz que haría caer la ficción en los terrenos de un acartonado historicismo. Cada historia es en sí misma un pasado hecho presente. El texto cobra su valor no por lo que nos informe sobre lo que sucedió, sino por la actualización que se opera estéticamente ante el espectador.

Pensemos de nuevo en Borges. No creo que llamar a Pedro Gómez

<sup>1</sup> *Más allá del reino*, Pluma, Bogotá, 1980.



Valderrama un Borges de la Historia sea ni oprobioso para el primero ni insultante para el segundo. Si el argentino se ocupó de las paradojas que plantea la Filosofía (el tiempo, la identidad, los números, los laberintos), el colombiano optó por estudiar con minuciosidad las fisuras que ofrece la Historia (las debilidades sexuales de los descubridores de continentes, un posible viaje de Cervantes a Cartagena de Indias, el intento de rescate de Napoleón por parte de un grupo de hispanoamericanos, la existencia real

de un país llamado Utopía, la previsión de la Revolución Octubre por el Conde Mitkin en 1876; la subsistencia de ciertos problemas —por ejemplo, el sexo de los ángeles *et al* —a lo largo de los siglos; la quema de Catalina MacCallan en Escocia durante la época del Rey Jacobo; la construcción del Convento de Santa Cristina, un monstruo arquitectónico de varios kilómetros de longitud, en los Andes; un encuentro entre la tía Cayetana y Stendhal; otro entre Santander y Henry Beyle).

Pedro Gómez Valderrama logra tal ubicuidad en el tiempo y tal veracidad en los relatos, que en muchos casos hace pasar por histórico un hecho ficticio y por ficticio un hecho histórico. Y para los que duden, el autor ha colocado, al final de cada cuento, las notas de pie de página. Sin embargo, haciendo un esfuerzo, pueden llegar a diferenciarse cuatro tipos de cuentos diferentes: 1) Los que partiendo de un hecho histórico, son aderezados por medio de la imaginación (tal es el caso de "La aven-

tura en la nieve"; "El historiador problemático" y "La revolución no tendrá lugar"), 2) Los de ficción pura, que aunque situados en el pasado, carecen de referentes históricos ("La noticia de cuatro mensajeros" —quizás el mejor cuento colombiano—, "La procesión de los ardientes"), 3) Los ensayísticos, que se basan en estudios tergiversados hábilmente y que demuestran tesis muy serias aunque uno pueda adivinar la carcajada tras cada cita textual ("El maestro de la soledad", "Los papeles de la Academia Utópica") 4) Los cuentos de ironía trascendente, en los que mediante exageraciones temporales, espaciales o de otra índole, se logra calar en un problema de la naturaleza humana o de las culturas ("Vida sexual angélica" e "Información sobre el Convento de Santa Cristina").

Pedro Gómez Valderrama debe ser un insaciable lector de Historia. Sin embargo, no la debe leer para cerciorarse, sino para dudar. Y cuando surge esa cuña (por ejemplo, ¿cómo fue la existencia de aquel español que prefirió vivir con los indígenas del Golfo de México en lugar de unirse a la expedición de Cortés?), ese lapsus que nadie ha explicado, es entonces cuando surge la imaginación para llenar los vacíos. A eso ha dedicado Pedro Gómez Valderrama: a llenar los vacíos de la Historia. Al respecto dice: "Jamás, cuando en algún relato del pasado me acerco a una versión de los hechos, me retraigo para rechazarla como poco probable. En general considero que, así como en el futuro hay para cada hecho, para cada actitud humana un sinnúmero

de posibilidades a través de las cuales podría seguir caminos distintos, así las cosas de la historia que no están totalmente establecidas, y en muchos casos también aquellas que parecen estarlo, ofrecen esas mismas posibilidades, pero el hombre, al irse hacia atrás para hacer historia, la fabrica a su manera, y para darle verosimilitud tiene también que matar las otras alternativas".

Pedro Gómez Valderrama, autor de la novela *La otra raya del tigre*, es si no el más conocido escritor de Colombia, por lo menos tan importante como otro, compañero de su misma generación y a quien es ocioso nombrar.

### Marco Tulio Garramuño

#### La piedra y sus atributos

*Sobre esta piedra*<sup>1</sup> es la primera novela de Carlos Eduardo Turón, circunstancia que no obliga al lector a enfrentarse con una obra incoherente, titubeante o confusa. Por el contrario, *Sobre esta piedra* (finiquitada en 1976 y prologada por José Revueltas dos meses antes de su muerte), resulta el trabajo acabado de un escritor que tiene mucho por decir y sabe cómo hacerlo. Fluidez, amabilidad (en el mejor sentido del mundo), entendimiento de causa y una prosa apta para transmitir personajes, ambientes y pensamientos.

*Sobre esta piedra* cuenta parte de la historia de Pedro Jiménez, hijo bastardo de un español que lo olvidó desde el principio y de una madre

que cree y defiende los valores inherentes al hecho de haber nacido varón. La novela reconstruye un pasado que explicitará el hecho climático y promotor: el asesinato del arquitecto Gómez, maestro y mecenas del personaje central. La novela transita una curva que finaliza en el momento y lugar donde se inicia. Dicha curva se plantea como "los motivos de Pedro Jiménez" y se valora (caso) como la hoja clínica y psicológica del asesino. El tono, las elucubraciones filosófico-morales, la personal concepción del sentido de la existencia, hacen de esta novela una apreciable muestra de la nueva picaresca. Más grotesca y aprensiva y cínica y pesimista que la clásica y, por ende, más cercana a nuestra realidad.

Como el típico narrador de la picaresca, Pedro Jiménez reseña su vida en un tono ágil, sarcástico y antisolemne. Oportunas más que abundantes imágenes y comparaciones; descripciones y breves y afortunadas, que apelan a elementos del folclor urbano, aunque matizados y cernidos por la mano del autor. Trasplantado al mundo suburbano de Xochimilco de los primeros años cincuenta, Pedro Jiménez conoce el sexo, observa las relaciones familiares, encuentra la política y la religión guiado por un delegado venal y un cura borracho y licencioso. También como personaje de la picaresca, Pedro Jiménez va de personaje en personaje, hecho que lo encara con distintos y variados comportamientos. Cada acción (o muchas de ellas), lleva el corolario de una reflexión filosófica o una moraleja cínicotrágica. Interpoladas también, los constantes retornos al punto de partida: los momentos posteriores al asesi-

<sup>1</sup> Editorial Oasis, México, 1981.